



Caracterizando al héroe de Cabinda.



Un Arlequín singular y cercano.

Carlos Cruz

La suerte también hay que buscarla

Por Amado del Pino

Tengo la tentación de proclamar al versátil, el simpático Carlos Cruz como un artista de la generación que empieza a formarse en la década de los setenta. Pero sería una imprecisión, porque cuando coincidimos en torno a la locuacidad del profesor Sacha, en los pasillos de la Facultad de Artes Escénicas del ISA, ya se había graduado en la ENA varios años antes; y empezaba a protagonizar con insistencia en el grupo Rita Montaner.

Los años fueron perfilando el oficio actoral de Carlos, de una forma inusual en nuestro medio escénico. Varios resultados fueron brillantes —como su personalísimo Cyrano o el inolvidable **Arlequín, servidor de dos patrones**—, otras veces la crítica escogió (recuerdo **Baño de Mar**) términos menos entusiastas. Pero la imagen era que, detrás de cada personaje, estaba un riguroso trabajo y una elaboración sumamente profesional.

En el reciente y discutido XI Festival del Nuevo Cine Latinoamericano, Carlos Cruz participó con dos películas (**Papeles secundarios** y **La bella del Alhambra**) y con la serie **Cabinda** que protagonizara hace algún tiempo. Cuando lo vi en **La bella...** soplándole a Beatriz Valdés los gestos que debió hacer la corista Rachel, me convencí de que la entrevista, varias veces aplazada, se estaba haciendo necesaria.

SACAR A PASEAR EL PERSONAJE

—No puedo decir que aquel joven actor, al que conocían sólo los muy asiduos al teatro, no soñaba con hacer cine o televisión. Ni siquiera afirmaría que desdeñaba la popularidad que ofrecen estos medios. Siempre quise entrar en el mundo del cine y, en una época, hasta aspiraba a dirigir algún día. Ahora pienso que no. Quiero actuar con **total seriedad**, esta meta me consume casi todo el **tiempo mental**, que en estas profesiones es el más necesario.

Como en el teatro lo primero es leer bien la obra, en cine uno parte siempre del guión. Lees, relees y llega un momento en el que uno lleva el personaje a pasear, le presenta a los amigos, le das un trago para hablar de sus temas; hasta que un día comprendes que estás reaccionando como él.

Hay personajes que enseguida están ahí, uno se los sabe desde la primera lectura. Cada ser humano, cada actor lleva en sí mismo la semilla de casi todo personaje. El misterio, la gracia de la actuación está en encontrar cada vez esa semilla. Claro que algunas de esas semillas están a flor de tierra y otros papeles piden del intérprete una **excavación** más cuidadosa.

¿UN CREADOR INDEPENDIENTE?

—Puedo decir que tuve suerte, aunque la suerte también hay que buscarla con un trabajo sistemático, de hacer muchos personajes en el teatro. Esa formación y ese entrenamiento me han servido en el cine y la televisión para tener un instrumental técnico que me ayude a encontrar la solución de cada momento. En una película, no siempre se filma primero lo que va antes en la pantalla. El actor tiene que estar muy claro de sus tareas y objetivos en esa situación.

Yo no he renunciado a hacer teatro. Lo que sucedió fue que la práctica teatral empezó a entrar en contradicción con mi desarrollo artístico. Es muy triste trabajar cuatro o cinco meses, para al final presentarse ante veintipico personas. Hay algunos compañeros que se realizan en su grupo teatral, pero muchos otros se **desgastan** ante un repertorio que se repite rutinariamente, con reposiciones que nada aportan y títulos que regresan a la cartelera sólo para llenar un espacio. Yo, como varios actores jóvenes, cogí el camino **independiente**. Es un status complejo, que entraña riesgos para la estabilidad económica, pero que permite, al menos, una **explotación** más coherente de mis posibilidades.

COMPARTIR EL ROSTRO

—Para mí, el sentido primero de un actor es su capacidad de transformarse. Nadie tiene la personalidad tan atractiva como para interpretarse a sí mismo todo el tiempo.

Para el Adolfo de **La bella del Alhambra** —un personaje basado en un apuntador que existió realmente— partí de rehuir el esquema del **mariquita** y buscar la esencia de la humanidad de este hombre de teatro, que se conformaba con realizarse en la actuación de su artista preferida. Adolfo, como dijo Marco Antonio de Julio César: **muere más de la angustia que de las puñaladas**.

En **Papeles secundarios** se trata de un rol completamente distinto. Es un funcionario que se propone la muy difícil tarea de **poner en orden** las cosas en un grupo de teatro. En **La crin de Venus** —una producción sin estrenar de los estudios del ICRT— interpreto a un alcohólico, enamorado locamente de una mujer que lo evade. En **El amor se acaba**, corto de ficción que dirigió Rebeca Chávez y que ahora se está terminando de editar, es un hombre **normal** que ve **irrumper** en su vida la perturbadora presencia de un **carro** y empieza a variar su conducta.

Esto de la capacidad de transformarse y viajar de un personaje a otro, no niega el hecho de que uno intuye qué **le va** y qué no. Soy de quienes no aceptan todos los personajes y no creo que sea pedantería. No hay que temerle al hecho de que un artista, en una etapa avanzada de su desarrollo, **pueda escoger**. No se trata sólo de suicidarse, sino sobre todo de respetar al espectador.